

“PERSEGUIDA”

A Megan nunca le había gustado la primavera. Comprensible. Fue en primavera cuando ocurrió, todo lo que ocurrió.

Y no es que sea algo malo en sí, es sólo algo.... confuso. Muy confuso.

Pero empecemos por el principio, remontémonos a esa primavera en la que pasó inesperada y huracanadamente todo lo que se va a contar en este relato..

La tarde, a pesar de ser últimos de mayo, era bastante fresca. De hecho, nadie diría que estábamos en primavera, esa estación donde las flores toman fuerza e irradian su belleza en los rayos del sol, donde los parques se llenan de parejas de enamorados y de entrañables ancianitos paseando con sus perros y sus nietos... Esa tarde, todo era contrario.

Megan se arremolinó en torno a su chaquetilla de punto buscando el amparo a ese inclemente y despiadado viento que la golpeaba como si fuese su mayor enemigo.

Megan sintió, al mismo tiempo que un escalofrío recorría toda su columna vertebral, que sus pulmones se llenaban de energía, de aire, de vida y que ese paseo sentaría muy bien a su salud.

¡Qué cretina la psicóloga!. ¿Cómo se le pudo ocurrir decir que su problema era mental y neurológico y que necesitaba reposo en un centro especializado?. ¡Un manicomio!.

Estúpida bruja, ¡que poco la conocía a pesar de las sesiones que habían pasado juntas!.

Absorta en sus pensamientos, Megan no se dio cuenta de que el parque por el que paseaba llegaba a su fin y que, además, un ligero “calabobos” empezaba a hacer su aparición anunciando una futura tormenta.

Sus pies se detuvieron en un charco donde se contempló a sí misma con estupor. ¿Era ella realmente la que ofrecía ese aspecto tan deplorable?. Hacía meses que no se veía a sí misma, su psicóloga, esa maldita pécora, se lo había prohibido también.

Por unos instantes, se asustó. Comenzó a temblar aun más mezcla del frío y de la impresión y tuvo que sentarse en el suelo por miedo a perder el conocimiento. Sin embargo, sabía que no volvería a ver su imagen en mucho tiempo y que era mejor que supiese bien que aspecto ofrecía a los demás. De manera, que volvió a mirarse en el charco.

De pronto, lo vio. Pegó un grito, volvió a caerse al suelo, comenzó a temblar, a sentir que entraba en otra realidad. Otra vez, de nuevo allí, en ese momento. ¿Por qué?.

Volvió a mirar, armándose de valor, al charco y comprobó, para su gran alivio, que él ya no seguía allí, que había desaparecido. Al igual que todas las personas que había en el parque..

Se sintió sola, completamente sola. Asustada, muy asustada. De pronto, a pesar de ser sólo las cinco y media, comenzó a anocher, al tiempo que la lluvia torrencial hacía su repentina aparición.

-Claro, por eso me he quedado sola de repente en el parque. Los demás han visto la que iba a caer y se han ido a sus casas.

Este pensamiento la hizo incluso soltar una pequeña carcajada y calmarse repentinamente. Sin embargo, ¿por qué estaba él ahí?. ¿Por qué lo había visto?.

Megan regresó a su casa andando, a pesar de que tenía hora y media o más de camino.

Ni siquiera se percató de que llegó casi a las siete, agotada mental y físicamente. Lo único que le importaba es saber porque le había vuelto a ver después de tanto tiempo.

Buscó como una loca entre los cajones de su cómoda, por suerte sus padres no estaban y podía investigar a gusto sin la presencia acosadora y agobiante de Claire, su madre.

Por fin, lo encontró. El cuaderno de pastas amarillas, como si fuese un mensaje para Dorothy, de “El mago de Oz”, cambiando las palabras “camino” y “baldosas” por “cuaderno” y “pastas”.

Comenzó a pasar las páginas desenfrenadamente, sin percatarse de que sus padres ya habían llegado. Sólo le importaba el contenido de esas páginas, hallar la solución a todas sus preguntas mentales. Y... ¡por fin la encontró!. De nuevo, lo vio.

Un jubiloso grito sobresaltó a Claire y a Adam en el comedor, que acudieron presurosos al lado de Megan. La encontraron como enloquecida, mirando las páginas con una mirada aterradora y una sonrisa diabólica dibujada en su rostro.

A la mañana siguiente, Megan no se acordaba de nada. Sólo tenía la sensación de que todo su cuerpo estaba como muerto, de que su paladar estaba seco y de que su cabeza estaba a punto de estallar. Fue tan mala la sensación que tuvo, que decidió tomarse otra pastilla para dormir y seguir sumergida en los brazos de Morfeo, a pesar de que eran las nueve de la mañana.

Ya dormida, sintió de nuevo su presencia amenazadora. Pero se convenció a sí misma, para que luego diga la psicóloga que ella no sabe ser racional, de que todo eso era un sueño y que, como tal no había que darle importancia, así que siguió descansando y logró un sueño reparador que duró hasta media tarde.

Se despertó en una sala blanca. Se asustó, un escalofrío recorrió todo su cuerpo, comenzó a temerse estar en un manicomio, comenzó a pensar que sus padres la habían abandonado que... Que, en efecto, él estaría ahí. Y, en efecto, él apareció.

-¡Vete!, ¡Vete! –gritó Megan-. No me mates, no me atormentes, sólo déjame en paz.

Comenzó a golpearle, al mismo tiempo que él intentaba ahogarla, estrujando su cuello con fuerza, aprisionándola contra la pared, reduciéndola a lo más mínimo.

Agradeció por primera vez que los médicos vinieran, pues la separaron de él, aunque, desgraciadamente, él derribó a uno de ellos y comenzó también a golpearlo.

Ella no podía hacer nada, estaba inmóvil, aterrada. El otro médico salió a buscar ayuda mientras ella contemplaba el grotesco espectáculo, en el cual él estaba derrotando al pobre hombre para después, ella lo sabía perfectamente, acabar con ella. Era su destino.

Lo aceptó y, es más, incluso se alegró en parte de que todo aquello terminara. Estaba cansada de escapar de él, de que siempre la encontrara y quisiera acabar con ella.

Efectivamente, una vez destruido su adversario, él volvió a cogerla por el cuello para intentar liquidarla de una vez por todas, esta vez haciéndola perder el conocimiento.

Entró en un limbo, en una espiral de un remolino blanco y negro donde se hundía irremediamente. Y, tras eso..... la nada.

Pasó dos meses en coma. Se despertó notando que era un amasijo de carne tirada en una cama sin el más mínimo ápice de sentimientos. Lo peor de todo, el verano estaba llegando a su fin, era primeros de agosto, pero en aquella maldita ciudad ya hacía frío.

Un frío como el acero, como un hielo introducido entre el cuerpo y la ropa por el típico bromista de un grupito de amigos, y no había nadie. Una vez más, sola.

De pronto, miró al techo y se asustó cuando comprobó, con horror, con estupor, con pánico absoluto, que estaba todo recubierto de sangre.

Cerró los ojos y trató de mover la cabeza a un lado, pero ésta no le respondió. Quiso saltar de la cama, correr pidiendo ayuda, pero tampoco las piernas y los brazos se apiadaron de ella y se quedó sumida en ese desesperado pánico durante unos minutos, con los ojos cerrados, agitada, temerosa.

Pensó que tal vez si abría otra vez los ojos todo desaparecería, que quizás fuese todo una pesadilla, simplemente.

Con mucho miedo, muy, muy lentamente, Megan comenzó a abrir los ojos. Miró de nuevo al techo y la sangre seguía ahí, formando la palabra “EVIL”, dejándole bien claro quien era el autor de tan macabro mensaje.

Esta vez su desesperación consiguió respuesta en la articulación de su cuerpo y pudo incorporarse sobre la cama, aunque se calló en cuanto quiso poner un pie en el suelo. “¿Me he quedado inválida?”, proyectó la mente de Megan, mientras ella, racional y segura de sí misma como siempre, afirmó que no.

Pudo mantener la calma hasta que un aliento humedo y fétido comenzó a jadear detrás de su oreja, advirtiéndole, claro está, de que él estaba ahí, de que había venido a saldar su deuda pendiente con ella.

No se atrevió a mirar para atrás. Se quedó petrificada. Quiso chillar, pero no pudo. Tras dos meses en coma, su boca tampoco respondía bien, apenas podía emitir gemidos. ¿Qué podía hacer?. Su fin había llegado, se resignó a eso, no había nada que hacer.

Unas garras se le clavaron en torno a la cintura, sintiendo un poco de dolor, no mucho, pues seguía bastante insensibilizada. Comprobó como sus piernas estaban siendo serradas, como las garras habían hecho una verdadera masacre dejándola no sólo invalida para siempre, sino sin las piernas además.

Esta vez sí que pudo chillar, chilló desde lo más hondo de su ser, descargando toda la furia, toda la tensión, todo el miedo que tenía dentro. Lo mismo sintió en un brazo, y luego en el otro, esta vez sintiendo el desgarró y mucho más dolor.

Un charco de sangre salpicó toda la mesilla de la habitación, toda la colcha de la cama.

Era un espectáculo dantesco, horrible, inhumano, inimaginable. Que acabara con ella de una vez, que no la dejase así, por favor.

Sus sospechas se hicieron ciertas, él se marchó, dejándola en medio de un charco de sangre, sin brazos y sin piernas. Desangrándose como un cerdo poco a poco, sintiendo como se le iban las fuerzas, como se le escapaba la vida.

Cuando estaba a punto de exhalar el último suspiro y entregarse a la placentera muerte, sintió como la levantaban unas manos heladas y la obligaban a despertar.

Se sobresaltó, comprobando que tenía brazos, pierna, que el techo estaba limpio, que nada había ocurrido. Pero, ¿qué hacía ahí?. ¿Qué significó todo eso?.

-Su hija ya está bien, señora Douglas –dijo un médico de color a su madre, mientras esta lloraba de emoción -. Ha matado a sus demonios interiores.

Que peligroso puedo llegar a ser ¿verdad?. Y eso que, en realidad, no existo. Bueno, sí que existo. Existo en las mentes de algunas personas como Megan, personas capaces de percibir que existen realidades más allá de la que conocemos y, sobre todo, percibir sus propios demonios. Recuerda que estoy siempre al acecho y que, a la más mínima, te atraparé. No hay peor enemigo que un enemigo inventado por uno mismo ni peor miedo que el psicológico. Ándate con ojo.